

BARRIO DE MARAVILLAS

(FRAGMENTO)

Por Rosa CHACEL

Dibujos de Vlady

HACE MUCHOS años que quiero escribir mis memorias, y siempre que pienso en ello se me ocurre empezar por el relato de una tarde en que, como de costumbre bajé a ver a Elena. Sin embargo, mi memoria alcanza mucho más atrás. Aquella tarde yo tenía ya diez años y recuerdo bien cosas que pasaron cuando tenía tres. Pero no puedo cambiar de plan: siempre que pienso en escribir algo sobre mi vida lo primero que me viene a la cabeza es el recuerdo de aquella tarde. Debe ser porque, aunque mi vida no empezó entonces, en aquella tarde reflexioné por primera vez sobre ella, traté de comprenderla, me sentí morir al pensar en mi vida. De modo que empezaré por reconstruir aquella tarde y luego, si me quedan ganas de seguir, contaré lo de antes y lo de después.

Bajé, como he dicho, al tercero, para ver a Elena; tiré de la campanilla suavemente. Siempre sonaba más de lo necesario y yo me esforzaba en evitarlo, tanto que a veces sólo producía un *tin*, tan leve que me avergonzaba: demostraba demasiado mi timidez. Aquella tarde quedé tranquila porque sonó discretamente, pero pronto perdí la tranquilidad: pasó un par de minutos y nadie vino a abrir. No sé cuanto tiempo duró el silencio detrás de la puerta: me pareció un siglo, aunque probablemente no fue demasiado. Seguí quieta, escuchando, porque sabía que la casa no quedaba nunca sola. Era evidente que Elena no estaba y, por lo visto, también había salido la criada, pero no me decidía a marcharme porque, como la campanilla había sonado, era seguro que vendrían a abrir y no estaba bien que no encontrasen a nadie. Resistí la hostilidad del silencio y al fin oí por el pasillo los pasos pesados de la abuela.

—Hola, jovencita —me dijo—, ¿vienes a ver a Elena?

—Sí, doña Julia. ¿Cómo está usted? Siento haberla molestado — solté todo esto de un tirón.

—Muy bien, gracias. No es ninguna molestia, sólo que Elena no está: salió con sus amiguitas.

—Ya, ya veo. Bueno, la veré mañana. Hasta mañana, doña Julia, y usted perdóne.

—No hay de qué, no hay de qué. Hasta mañana — dijo mientras yo cruzaba el descansillo y empezaba a subir, pero no cerró la puerta, y yo, notándolo, esperé lo que sabía que iba a pasar.

—Isabel —dijo, yo me volví, agarrada a la barandilla de la escalera—. ¿Tienes muchas ocupaciones esta tarde?

—No, doña Julia, no tengo nada que hacer —bajé de un salto los escalones que había subido—. ¿Quiere usted algún recado?

—No, no, es una cosa mucho más difícil, pero como tú eres una chica lista, si quieres tomarte el trabajo...

—Claro que sí, lo que usted quiera.

—Bueno, pasa.

Pasé y se llevó el gabinete. Sobre una silla baja estaba su labor, cogió una tela blanca y empezó a explicarme:

—Este pedazo de hilo es de una sábana antigua, muy buena, y para aprovecharlo pensé hacer un mantelito, con calados. Puede quedar muy mono, ¿ves?

Lo extendió sobre el piano y yo asentí. Ella dijo:

—Pero mis ojos ya no tienen veinte años y ¡sacar los hilos!... ¿Tú sabrías sacarlos?

—Sí, doña Julia, yo sé muy bien — dije.

—¿De verdad? ¿Tú sabrías sacarlos?

—Sí, doña Julia, yo sé muy bien — dije.

—¿De verdad? ¿Tú eres capaz de sacarlos por donde están marcados con esas crucecitas, sin equivocarte?

—Sí, sí, lo he hecho muchas veces.

—Entonces, si no te aburre...

Yo cogí el pedazo de tela y ya me disponía a irme con él cuando me dijo:

—Si quieres, te puedes sentar ahí, en esa sillita, junto al balcón. Todavía habrá luz un buen rato.

Me senté en seguida. Doña Julia me dio unas tijeras finísimas, me puso su cestillo al lado y me dijo:

—Ahí tienes todo lo que necesitas — se fue y me dejó sola.

¡Qué bien, pensé, qué bien, pero qué bien ha salido todo! Sentía por supuesto, que no estuviese Elena, pero en vez de haber tenido que subirme a mi casa con la decepción de no encontrarla, podía estar allí esperándola, sola, en aquel gabinete. Empecé a sacar los hilos: era muy fácil, yo podía hasta corregir los errores que había en algunas marcas. Reflexionaba bien, elegía uno y cuando ya estaba segura tiraba de él despacito. Entonces ya no necesitaba mirar: mientras el hilo iba saliendo revisaba todas las cosas que había en el gabinete.

Los muebles eran muy viejos, pero bien cuidados. La tapicería de las butacas tenía colores apagados, pero encantadores. A mí me parecía que tenía el color exacto de los bosques. Sólo la banqueta del piano estaba un poco derrenegada porque las discípulas de la madre de Elena se divertían girando sentadas en ella.

A los cinco minutos doña Julia entreabrió la puerta y me dijo:

—Tú no habrás merendado, seguramente.

—Pues sí señora, comí una naranja — dije.

—Ah, bueno, una naranja no es gran cosa. Creo que tendrás fuerzas para tomarte un tazoncito de café con leche.

—Muchas gracias, doña Julia, pero no se moleste — dije.

—Sabes —contestó—, estoy haciendo el café de la tía, y con hacer un poquito más.

Se fue. Tal vez el olor venía ya por el pasillo, pero me pareció que nada más decirlo el gabinete se llenaba de un aroma intenso. *El café de la tía* era algo muy distinto de lo que en general se llama café con leche. Decían que era un extracto de café: a mí me parecía un perfume, como casi todas las cosas de *la tía*. Por las tardes era el café, por las noches, cuando a veces me quedaba con Elena hasta que veía que iban a poner la mesa, notaba un olor maravilloso y

Elena me decía: "Es *el caldo de la tía*." Era un cubito Maggi, gran novedad entonces, que difundía un olor invernal a apio. Pero el olor del cuarto de la tía, las pocas veces que entré me pareció el olor del paraíso. Era como si una puerta separase el día de la noche: al entrar en *el cuarto de la tía*. Parecía que se entrase, no en un jardín sino en un ramo de flores, pero de flores de terciopelo, porque no era fresca aquel perfume, era suavidad, era una dulzura densa, envolvente. —"Es benjuí", me dijo la tía, un día que me vio mirar los frascos que tenía en una rinconera, olfateando como un perro: lo destapó y me dejó olerlo. Yo no había oído nunca aquella palabra, benjuí, ni había olido nada como aquel perfume: pensé que lo habría traído de sus viajes, pero de esto hacía tanto tiempo que no podía durar y cuando pregunté a Elena me dijo: —"No, se lo compro yo misma en la botica de aquí abajo." El caso es que la tía llenaba la casa de perfumes, que eran como su corte, como el fantasma de sus grandezas: eran, en fin de cuentas, lo único que le había quedado, además de aquellos muebles que dormían en el desván y a los que yo debo lo mejor de mi historia. Pero esto es ya retrospectivo: en aquella tarde sólo llegaban al gabinete las emanaciones del café, que me parecía un premio inmerecido, ya que mi trabajo, de por sí, era un placer.

Doña Julia me llamó desde la cocina y me dio una bandejita de laca en la que había un gran tazón de café con leche y un platito con una ensaimada. Me dijo:

—Ponte al lado el *musiquero* y lo vas tomando mientras sacas hilos. Yo lo tomaré con los otros dos viejos porque hoy nos han dejado solos.

No me atreví a preguntar si pasaba algo y luego supe que había sido pura casualidad que hubiesen tenido que salir Elena, su madre y la criada.

Puse junto al balcón el *musiquero* —hasta hace poco tiempo he creído que existía esa palabra— y por encima la bandeja. Volví a quedarme sola. El café era exquisito y el *musiquero* tenía por encima un tapetito de felpa verde orlado de madroños, debajo del tablero estaban los métodos, entre barrotos torneados, de caoba. Los madroños eran jaspeados, estaban hechos con lanas verdes, doradas, rojas, marrón y mientras tomaba el café hablaba con ellos, porque todos tenían caritas diferentes.

Cuando terminé volví a poner el *musiquero* junto al piano, no quise llevar la bandeja a la cocina para que no se levantara doña Julia si me oía y antes de volverme a sentar di una vuelta todo alrededor del gabinete, mirando los retratos. De pocos sabía quienes eran. Había señoras muy hermosas, que yo suponía artistas y sobre el piano un gran retrato al óleo del abuelo de Elena, magnífico: una preciosa cabeza de león pálido. El retrato estaba en medio de la pared, presidiendo el gabinete y debajo de él, sobre el piano la estatuita que llamaban *la Ariadna del abuelo*. ¡Qué belleza! ¡Cómo dormía aquella mujercita de alabastro, qué pesada, qué blanda era! Yo, al principio, creía que sería una primera mujer que se le hubiera muerto, porque había oído decir un día que acababan de cobrar un dinero de Ariadna, y supuse que sería la herencia, pero Elena me dijo:

—¿Crees que si fuese la estatua de otra mujer mi abuela iba a tenerla ahí puesta? No, hija, Ariadna es la protagonista de la ópera de mi abuelo.

Aquella tarde yo estaba ya más que informada porque meses antes había sido el cincuentenario del estreno y había dado una recepción por la noche, en la que una tiple había cantado "El sueño de Ariadna". Yo lo había oído muy bien desde la escalera. Por eso, mirando el retrato de aquel hombre extraordinario y al pie la mujercita blanca, dormida, comprendía perfectamente que él sólo supiese cómo era su sueño, comprendía que hubiese convertido en un aria arrebatadora los sueños de aquella mujercita y no los de doña Julia.

Pasé un rato apoyada en el piano y de pronto tuve la tentación de echar a andar el metrónomo. La puerta estaba cerrada, si doña Julia tomaba el café en el cuarto de su hermana no podía oír porque quedaba al fondo del pasillo. Toqué un poquito el péndulo y en seguida empezó el vaivén: me dio miedo. Nunca, ni de muy pequeña, tuve miedo de la soledad, los retratos, las imágenes raras que se ven en las cosas nunca me asustaron, pero en aquel momento la voz del metrónomo me pareció la voz de la muerte. Pensé; si un esqueleto hablase tendría esa voz, y no me atrevía a pararlo. Lo había oído muchas veces mientras daba la lección alguna de las discípulas y así, dentro de la música, no me había dado cuenta de que era un esqueleto, pero ahora, desnudo, me hacía el efecto de que si alargaba una mano hasta él me mordería. Pensé mil tonterías más, hasta que enrollé un periódico ilustrado que había por allí y detuve el péndulo.

Se iba la luz, si no me apresuraba no terminaría de sacar los hilos. Al recomenzar me resultó pesado y árido: eran muchos hilos los que había que sacar, pero no desistí: de todos modos aquello me daba ocasión a seguir en el gabinete hasta que llegase Elena, y pronto encontré un nuevo éxtasis con que disipar la aspereza del silencio: busqué en el cesto el acerico para coger un alfiler y había muchos de cabezas de vidrio de colores. Volví a confiar en ellos: elegí el más bueno. Todos eran bonitos, pero lo que yo buscaba era uno que me acompañase, uno del que no hubiera nada que temer y cogí uno rosa, con levisimas vetas blancas que le llegaban hasta el fondo; se transparentaba hasta el corazón de la bolita, cruzada de ráfagas muy ligeras, y con ese empecé a sacar hilos, a toda prisa.

De pronto un campanillazo. Tuve la seguridad de que no era Elena ni nadie de la casa: me asomé al vestíbulo y oí que hablaban en el descansillo. Cogí la bandeja para llevarla a la cocina; en el pasillo me encontré con doña Julia que me quitó la bandeja de las manos y me dijo:

—Sería mejor que abrieses tú porque a lo mejor es alguna visita.

Fui corriendo a abrir y eran dos señoras que yo no había visto nunca, muy serias, muy oscuras de vestidos y sombreros, aunque no iban de luto.

Entraron, decididamente, y la más alta dijo, con una voz hombruna:

—¿No hay nadie en esta casa o es que no quieren abrir a la gente?

Desde el fondo del pasillo doña Julia dijo:

—¡Ah, ah! ... ¿Quién iba a pensar? ...

Salió y hubo besos y abrazos. Yo esperé a que se sentaran y se quedasen tranquilos, entonces dije:

—Con permiso de ustedes, pasé y me dispuse a recoger la labor, pero doña Julia dijo:

—¿Lo terminaste?

—No señora, me falta un poco.

—Entonces puedes seguir. Había encendido las luces, puso una lámpara portátil encima del músico y añadió:

—Si no lo terminas hoy, mañana. ¿Quién te echa la vista encima?

La señora más alta me miró y dijo a doña Julia:

—Pero esta chica no es vuestra ...

—No, es una vecinita —dijo doña Julia—. Y al mismo tiempo la otra señora, con un aire un poco tonto, dijo:

—¿Será una amiguita de Elena?

Doña Julia contestó maquinalmente:

—No, bueno, sí, es una niña que vive arriba.

La de la voz hombruna dijo:

—¿Arriba? ¿Dónde?



Yo tiré del hilo y creí que la tela que se arrugaba en mi mano izquierda iba a gritar: me pareció que le arrancaba una vena o un tendón infinitamente doloroso.

Doña Julia no contestó y la señora alta no volvió a preguntar, eso fue lo más horrible. Hubo una inmensidad de silencio, que no vi porque no levanté los ojos de la labor. Escuché aquel silencio en el que se desarrollaba un diálogo de miradas y esperé una pregunta o una aclaración que demostrasen que el caso se podía aclarar, pero no la hubo. Si doña Julia hubiese dicho: "Es una niña que vive en el sotabanco", no me habría impresionado porque era la verdad y yo estaba acostumbrada a decirlo cuando alguien me preguntaba, pero no lo dijo, dejó sin respuesta aquel "¿Dónde?" que había sonado con una audacia como si el interrogar fuese la mayor afirmación "¿Arriba? ¿Dónde, si arriba no hay nada?" Y era cierto que no lo había. Vista desde la calle, la casa no tenía más que tres pisos y encima el tejado, con unas cuantas troneras. La verdad era que no había nada que se pudiese llamar ni siquiera sotabanco. Yo vivía con mi madre en un cuartito que había sido la vivienda del portero. Haría unos cinco años que vivíamos allí, lo que entonces representaba la mitad de mi vida. Y en

aquel inmenso silencio mi vida me pareció larguísima, mi historia llena de accidentes, de tinieblas.

No, decididamente, no es fácil medir el tiempo. El tiempo horizontal sí, pero el vertical no. Bueno, el tiempo horizontal es el de los hechos, el que comparte uno con los otros, porque todo lo que hace uno lo hace con los demás y también es el tiempo que se tarda en ir de acá para allá, porque en eso todo el mundo tarda más o menos lo mismo. El tiempo vertical en cambio, es un tiempo en el que no hay acá ni allá: es un tiempo que le deja a uno clavado en un sitio solo. Y lo mismo da que lo que le clava a uno como a un insecto sea doloroso o delicioso, en cualquiera de los dos casos es eterno. La lanza que pasa a uno de arriba a abajo es la eternidad, aunque dure lo que un relámpago. Por esta razón, diez años, pueden valer verticalmente mucho más que otros diez años. Ahora, esos primeros diez años, horizontalmente, son menos de la cuarta parte de mi vida, pero en sentido vertical representan mucho más que los otros treinta.

Cuando se hizo el silencio en el gabinete me sentí traspasada hasta el fondo por una lanza que no podía rechazar, la sentí entrar lentamente, pero implacablemente y comprendí que ya no me la sacaría nunca. Cuanto más me punzaba más la hundía yo misma. Me ardían los ojos de contar los hilos y los hilos de los hilos. Deshilaba el lino con la mirada en hilachas microscópicas y con el pensamiento deshilaba mi historia.

Lo más horrendo era el trastrueque producido. Al ponerme a considerar por primera vez *dónde* vivía ¡qué cambio ocurrió! Recordé el día en que llegué con mi madre, que venía cargada de bultos, y yo también traía una cestita con cosas. Las dos llegábamos llenas de alegría porque habíamos encontrado aquello. ¡De *dónde* vendríamos! Entraba tanta luz por la tronera; un gato atigrado asomó la cabeza, con los ojos más verdes que he visto en un gato, le llamé, saltó al suelo y se dejó acariciar. ¿Podía contar algo de esto a aquella señora que preguntaba? "¿Dónde?" No, cuando doña Julia no contestaba era porque valía más no contestar. Pero era el caso que doña Julia contestaba: aquel silencio era un relato de todo lo demás, de lo que yo veía ahora: el catre, el baúl, el hornillo en un rincón y el olor a gato, a lejía, a zotal ... Todo esto era lo que doña Julia contaba con su silencio y no sólo con silencio. El corazón me dio un estallido al recordar cómo había dicho "No, bueno, sí" al preguntar la otra señora "¿Será una amiguita de Elena?" ... Más lejos aún, más hondo en el infernal principio de aquella tarde gloriosa: al decirme en la puerta que Elena no estaba, también me había dicho: "Salió con sus amiguitas." Sentí que iba a echarme a llorar y tal vez se me escapó un sollozo, pero si llegó a salir algún ruido de mi garganta pasó inadvertido porque en el mismo momento la señora hombruna soltó una carcajada formidable: tan tremenda que me cortó el llanto. Volví en mí llena de terror por aquella carcajada, que, di por seguro, era consecuencia del silencioso relato de doña Julia. Pero no lo era. Se trataba de una anécdota recordada; alguien o algo de otros tiempos había desatado aquella catarata de risa, que no duró dema-

siado: la cortó con decisión y dijo algo muy cínico —en ese momento me di cuenta de que era una mujer muy elegante— dijo:

—Todo ocurrió en el antepalco.

Doña Julia movió la cabeza y dijo:

—Bueno, bueno, es que tú eras temible.

Me sorprendieron mirándolas, desorbitada. Yo sólo trataba de convencerme de que aquella risa había brotado a causa de algo que no tenía nada que ver conmigo, quería comprobar que mientras yo zozobraba en mis pensamientos ellas me habían olvidado, hablando de otra cosa. Eso solamente miraba, además de lo elegante y lo cínica que era aquella señora. Pero doña Julia creo yo que había estado atendiendo a la anécdota, seguramente no muy ejemplar, y pensó que valía más que me fuese. Me dijo:

—¿No terminaste todavía?

—Creo que sí, doña Julia. He terminado en este momento — me levanté y le entregué el mantelito.

—Muy bien, pero muy bien —dijo doña Julia, extendiéndolo sobre su falda—. Veo que lo has hecho como una consumada bordadora. Bueno, jovencita, muchas gracias.

—Oh, doña Julia, no las merece, no las merece — dije, bastante confusa.

—Ya lo creo, no todo el mundo sabría —dijo—, mirad — lo cogió por dos puntas y se lo iba a dar a la que tenía más cerca, pero de pronto dio un pequeño gritito: ¡Ay, ay, ay! ... aquí hay una falla.

Me sentí palidecer.

—¿Me he equivocado? — dije.

Doña Julia lo examinó un rato y dijo:

—No, no te has equivocado, simplemente, te has olvidado dos hileras, aquí, en esta esquina.

Respiré:

—¡Ah! ya veo ...

—¿Ves? No forma la estrella como en las otras. Te dejaste sin sacar los que van de esta crucecita a ésta y los que van de ésta a esta otra.

—Claro, claro. Pero qué tonta ¿cómo se me habrá pasado?

—No tiene nada de particular: eso le sucede a cualquiera.

—Deme usted, doña Julia, lo hago en un momento.

—Pero ¿no estás cansada? ¿No prefieres dejarlo para otro día?

—Pues no faltaba más ¿cómo voy a dejárselo sin terminar?

Cogí el mantelito y volví a sentarme. Este episodio desencadenó el peor de los cataclismos: empezaron a hablar de mí.

No sé como empezaron porque en el primer momento estaba contrariada por no haber presentado el trabajo perfecto y me puse a considerar lo angustiada que tenía que haber estado para no darme cuenta de que dejaba una esquina incompleta, pero de pronto oí:

—Sí, muy mona, muy mona. Y tan bien educadita ...

Doña Julia dijo:

—La tenemos mucho aquí, con nosotros. Es muy inteligente y muy dispuesta. Claro, tendrá que pensar en su porvenir porque hoy día la mujer ...

—Oh, sí, es un gran peligro —dijo la señora ingenua.

Doña Julia añadió:

—Tengo la impresión de que va a ser una muchacha muy formal y seguramen-

te aprenderá algo que le dé seguridad en la vida —se quedó pensando un rato y remachó—: Sí, creo que sí.

La señora hombruna dijo, como en consecuencia:

—Sí, va a tener buen tipo.

—Va a ser muy alta —puntuó doña Julia—, no tiene más que diez años.

—¡Diez años! —exclamó la otra—. Entonces va a ser altísima. Y tan rubia como una princesita.

—¡Como una princesita! —dijo la señora hombruna—, lo que es, de cabo a rabo, es un ...

La palabra explotó, como si hubiese estallado la lámpara dejándonos a oscu-



ras. No sé si será posible demostrar con palabras la impenetrabilidad de una palabra. El caso es que sonó clara, rotunda, percibí distintamente todas sus sílabas y en mi cabeza se hizo el vacío. No sólo estaba segura de haber percibido la palabra con claridad suficiente para retenerla en la memoria, sino que además la encontraba sencillísima, veía que no encerraba ningún concepto demasiado sutil, al contrario, más bien parecía significar algo burdo, si no grosero, pero qué, eso quedaba completamente fuera de mi alcance.

Cerré los ojos y grité en el fondo de mi alma "¡Elena!" Sólo a Elena podía preguntar el sentido de aquella palabra que me parecía no ir a pronunciar jamás ante ningún otro ser humano, porque

nada lógico, nada racional se desprendía de ella: era como un vidrio esmerilado detrás del cual pudiese haber de todo, pudiese haber, sobre todo, infamia. No es que yo tuviese la impresión de que era una palabra infamante, no, sentía que era como la cáscara de algo: por eso la pronunciaban delante de mí con toda naturalidad —las otras dos la habían repetido, asintiendo— la pronunciaban porque era impune, era hermética por los cuatro costados.

Saqué el último hilo completamente ciega. Ya no podía estar segura de no haberme equivocado, pero no me importaba: no quería más que irme de allí. Claro que si me subía a mi casa no vería a Elena y yo no podía pasar la noche con aquella palabra atragantada. Decidí irme a la cocina: había oído momentos antes entrar a la muchacha, abriendo con su llave, me estaría con ella, hablándole de cualquier cosa. Entregué el mantelito a doña Julia, saludé a las tres y dejé el gabinete. Cuando iba por el pasillo sonó el campanillazo de Elena. Corrí a la puerta; venía con su madre que entró decididamente al gabinete, pero ella se quedó en el vestíbulo, quitándose el sombrero y en cuanto estuvimos solas me dijo:

—¿Qué ocurre? Tienes una cara que asusta.

—Nada, nada —dije en voz baja—, tengo que preguntarte una cosa —añadí—. ¡Te he estado esperando tanto tiempo!

—¿Sí? Qué mala pata, hoy que vine tan tarde. Pero bueno, ¿qué es ello?

—Dime Elena ¿qué es un carreño?

—¿Un carreño? No sé, no lo he oído en mi vida.

—¿No sabes lo que es un carreño? —la decepción me dejó anonadada.

—No —dijo Elena—, no lo sé, ni lo sospecho. Pero ¿por qué te interesa?

—¡Chst! Por favor, no hables alto —señalé la puerta del gabinete y dije— lo he oído ahí dentro.

—¡Ah! ¿Y estás segura de haber oído bien? ¿No sería un alcarreño?

—No, no, ya pensé en eso. Precisamente, me dije: para recordarlo no tengo más que pensar en un alcarreño: es un alcarreño y sin *al*.

—Pues entonces no sé qué puede ser —dijo Elena levantando mucho las cejas, como siempre que ponía gran atención a algo. Luego añadió—: pero, después de todo, ¿por qué le das tanta importancia?

—Ah, porque lo dijeron, pero no así, de pasada —miré a Elena a los ojos, con todo el dolor de mi alma y murmuré—: lo dijeron de mí.

—¿Cómo? ¿Estás en tu juicio! ¿Qué es lo que dijeron?

—Dijeron que yo era un carreño.

—¡Deliras! dijo Elena, queriendo romper mi convicción.

—De cabo a rabo, dijeron un carreño, de cabo a rabo. Así, con todas sus letras.

Elena se mordió los labios para no reírse, pero me miró con una gran piedad, me echó un brazo por los hombros y me llevó a su cuarto.

—Vamos, cuéntame desde el principio —dijo.

Nos sentamos en la cama y antes de que empezase a hablar oímos la voz de su madre:

—¡Elena! ¿Dónde te has metido? ¿No vienes a saludar?

Elena contestó desde la puerta:

—Voy, mamá, voy en seguida —se volvió a mí y me dijo—: Pero qué tontería: no hay más que buscarlo en el diccionario.

—¡Claro! —exclamé.

—Sí, pero ahora tengo que ir a saludar a esas brujas. En cuanto se marchen lo miro.

—Bueno, entonces me iré y dentro de media hora bajaré, como a pedir algo.

—Eso es. Escucha por la escalera y cuando oigas que se van, cinco minutos después ya lo tengo.

Corrí por el pasillo detrás de Elena:

—Oye, Elena, prométeme que no dirás nada a nadie.

—Bueno, si no quieres.

—No es que no quiera, es que todavía no te he contado —le apreté el brazo—. Por favor, que no se te ocurra preguntar ni una palabra. ¿Me lo prometes?

—Prometido —dijo Elena y entró en el gabinete.

Me subí a casa y conté a mi madre lo que había estado haciendo para doña Julia; le pareció bien. Le dije también que no tenía ganas de cenar porque me habían dado una gran merienda: prefería esperar a que fuese un poco más tarde; dijo: "Bueno". Y yo me salí al descansillo con el gato. Me senté en el primer escalón: desde allí podía oír cualquier ruido en la puerta de abajo. Ya no estaba tan angustiada; tenía impaciencia por saber, pero me parecía que el asunto,

por haber quedado en manos de Elena, perdería algo de su negrura. Tenía en ella una confianza ciega y la creía dotada de todos los poderes. Elena era poco mayor que yo: me llevaba menos de dos años y como yo era muy alta estábamos casi iguales de estatura. Pero Elena parecía una mujer, en su modo de ser más que en su aspecto: físicamente era lo normal en una chica de doce años, bien desarrollada. Elena era muy fuerte, no robusta; era delgada, pero la fuerza rebosaba de ella, y es que Elena no era fuerte; era una fuerza. Y una fuerza en la que yo podía confiar. Allí sentada, con el gato ronroneando en mi falda, repasaba los horrores de la tarde y me decía: "Conque yo no soy una *amiguita* de Elena... Puede ser, puede ser que no sea una amiga porque soy otra cosa: soy la única persona que sabe quién es Elena."

Se abrió la puerta abajo y hubo sus buenos cinco minutos de despedida. Al fin desaparecieron las visitantes y quedó en silencio la escalera. Esperé un rato: sabía que Elena habría corrido a buscar el diccionario; estaba tan segura de que lo habría hecho que podía medir el tiempo que tardaría en cada movimiento. La veía; ahora va por el pasillo, entra en el despacho, coge el diccionario y busca... pero no podía ver qué cara ponía al encontrar la palabra.

Bajé, salió a abrir la criada y le pedí un par de cerillas. Elena vino corriendo

y su cara no era muy satisfactoria. Me dijo:

—Nada, ni rastro.

—¿No lo has encontrado?

—No: esa palabra no existe. Tú estabas tan aturrullada que no sabes lo que has oído.

—¡Elena! ¿Cómo puedes creer?... —dije, desesperada—. Te juro que te he repetido palabra por palabra lo que ellas dijeron. Lo que pasa... —hice un pequeño silencio y miré a Elena.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo ella, con demasiada naturalidad.

—Lo que pasa es que cuando no está en el diccionario es porque es una cosa mala —Elena desvió los ojos y yo añadí—: No me vas a decir que no lo habías pensado.

—Por supuesto, dijo, es lo primero que se me ocurrió, pero luego pensé que es raro que Ernestina y mi abuela se pongan a decir palabrotas, con toda naturalidad.

—Sí, eso es verdad, convine, sobre todo porque no hicieron ningún *hum*... ni nada parecido. Y sin embargo es malo, Elena, es malo, se me saltaron las lágrimas, yo sé que es tan malo que no se puede ni poner en el diccionario.

Elena, muy contrariada por no encontrar solución, dijo:

—Es una tontería que te empeñes en no preguntar.

—¡Jamás! —dije—, eso jamás. ¡Por lo que más quieras!

—Bueno —levantó los hombros y de pronto se sonrió un poco—. ¿Y si yo lo soltase, así, delante de la gente? ¿Qué crees que dirían?

—No sé, me parece demasiado atrevido. ¿Pero con qué motivo ibas a soltarlo?

—Pues como una interjección. ¿No crees que pueda ser algo así como *¡ca-rajo!*?

—No, en absoluto: no es una palabrota: es una cosa mala. Bueno, no es una cosa mala: es una cosa que se dice para indicar algo malo, malísimo.

—Lo peor es que sea mi abuela la única persona que lo ha oído —dijo Elena.

—Por eso no quiero que preguntes.

—Pero podría preguntar a mi padre —dijo—. Ya sabes que mi padre está siempre aparte de lo que digan los otros.

—Sí, eso es verdad —dije, a tu papá no me importaría que le preguntases. ¿Pero te atreverías?

—Claro que sí. Yo a mi padre le pregunto todo y, o me lo dice, o me dice, francamente; "Es una porquería", o "Es una burrada". Esa es su palabra característica.

La muchacha me había dado ya las cerillas, nosotras seguíamos hablando en la puerta y mi madre me llamó desde arriba. Quedamos en que Elena preguntaría a su padre, por la noche y yo bajaría al día siguiente, nada más al levantarme.

Apenas comí, me metí en la cama y me dormí en seguida, quería que pasase pronto la noche y con la primera luz me desperté. Siempre había detestado que la tronera no cerrase bien y que me diese la luz en los ojos desde el amanecer, pero aquel día aceché la luz, primero pálida y luego radiante. El cielo se puso en seguida de un azul que me hizo pensar "¿En qué mes estamos?" Ah, sí, en



marzo; de un momento a otro rebrotará entre las tejas la plantita de jaramago, junto a la ventana del desván de Elena y ella me dirá: "Mira mi jardín". Pero ahora, ¿podré yo seguir viendo un jardín y un cielo azul sobre nuestro tejado?...

A las ocho me asomé a la escalera para ver si oía algún ruido en el piso de abajo y a los pocos minutos vi que la criada volvía de comprar el pan. Le pregunté si Elena estaba levantada y dijo que sí. Entré con ella, diciéndole, como siempre, que tenía que pedirle algo.

Elena me oyó entrar y vino corriendo: su cara era de una alegría diabólica. Dijo: "¡Qué estupendo día ha amanecido!" Yo asentí sólo con la cabeza y pregunté: "¿Sabes algo?" Elena, con gesto teatral dijo: —¡Lo sé todo!

—Y ¿qué es?

—No puedo decírtelo —adoptó un tono misterioso y añadió—: He prometido no decírtelo.

—¿A quién?

—Pues... a mí misma. Bueno, no lo he prometido: lo he planeado, que es igual.

—Pero ¿por qué, ¿por qué? —dije desesperada—. ¿Es porque es malo o porque no es malo?

No quería contestar, pero al fin flaqueó y dijo:

—Porque no es malo tonta, ¿cómo crees que si fuese malo iba yo a estar tan divertida?

Esto me pareció evidente, pero no quise deponer mi indignación.

Dije:

—Y entonces, ¿por qué no me dices lo que es?

—Pues porque... ¿Hoy es viernes?...

Su propósito de quemarme la sangre era irrevocable. Contesté:

—Sí, viernes.

—Bueno, pues mi padre me ha prometido que el domingo por la mañana ¡si hace bueno! Ah, eso es lo que falta, que haga bueno. En fin, suponiendo que haga bueno, en ese caso, nos llevará a verlos.

—¿A verlos?

—Sí, a ver los Carreños.

—Ah ¿se pueden ver?

—¡Toma, para eso están!

—¿Dónde están?

—Eso es lo que no pienso decirte.

Pensé para mí: "bueno, ya sé: están en la casa de fieras" pero Elena frunció el entrecejo, como si de pronto recordase algo importante y me dijo:

—¿No tendrás un vestido negro?

—No. ¿Hay que ir de negro?

—Eso sería lo mejor, pero en fin, algo muy oscuro ¿no tienes?

—¿Entonces es cosa de iglesia? —dije.

—Nada de iglesia —dijo rotundamente, pero luego titubeó—. Aunque, bueno, hay un sinónimo de iglesia al que se parece un poco. ¿Tú sabes lo que es un sinónimo?

—¡Elena!

—¡Ah! ¡No sabes lo que es un sinónimo y quieres saber lo que es un Carreño!

—Bueno, no lo sé. No sé lo que es un sinónimo de iglesia: será un cachibache cualquiera.

—¡Un cachibache! ¡Qué grande eres! ¡Imagínate un cachibache que es un sinónimo de iglesia! ¡Es genial!

—Es macabro, eso es lo que es.

—¿Macabro porque te he dicho que tienes que ir de oscuro?

—Bueno, sí, por lo que quieras. Y ¿por qué hay que ir de oscuro?

—No hay que ir de oscuro: tú tienes que ir de oscuro.

—Pero ¿por qué yo?

—Porque tú eres de cabo a rabo, pero de cabo a rabo...

No sé si llegó a decirlo porque me tapé los oídos.

Las demás personas de la casa empezaron a ponerse en movimiento y Elena me dijo: "Bueno, hoy tengo mucho que hacer, pero baja a última hora de la tarde a recibir instrucciones", me llevó hasta la puerta, me dio una palmada varonil en el hombro y dijo, con ambigüedad:

—La cosa requiere ciertos preparativos.

Esta era la situación —hoy a treinta años de distancia la analizo con un rigor que entonces no me habría sido posible, pero no porque mis sentimientos no fuesen explícitos ni mis ideas claras, sino porque ideas y sentimientos eran como cambios de la luz, como ventoleras o chaparrones; fenómenos que sacudían todo mi ser, su impacto tenía más valor que su sentido— la situación era un abandono de globo cautivo; fluctuaba, insegura, agitada por las más diversas corrientes, pero el hilo seguía firme en mi confianza. Elena me había maltratado, había jugado conmigo como el gato con el ratón y proyectaba seguir jugando durante cuarenta y ocho horas, pero la dimensión de su crueldad me hacía esperar tanto que un premio en proporción con ella me daba miedo. Y sin embargo estaba segura de que no me sometería a dos días de tormento en vano. Por supuesto, temía, como siempre, hacerme ilusiones, así que me propuse analizar bien mi presentimiento. Me dije: "Esta noche voy a estudiarlo con serenidad".

Conté a mi madre el proyectado paseo del domingo, sin hablarle del misterio que encerraba y le dije que Elena me había preguntado si tenía un vestido negro. Le extrañó la pregunta y supuso, como yo, que íbamos a alguna ceremonia religiosa: no le dije que no. A mi madre le gustó mucho que Elena y su padre fuesen a llevarme con ellos y se quedó muy preocupada pensando en mi indumentaria. Al poco rato la vi revolver el baúl y sacar del fondo algo que me pareció negro, pero ella dijo: "No es negro, no: es azul marino muy oscuro. Al desenrollarlo rodó un montón de bolitas de naftalina."

Mi madre dijo:

—Es un uniforme que me dio una señora cuando sacó a su hija del colegio y como es tan oscuro lo guardé para cuando fueses mayor, pero ahora tal vez pueda servir. A ver cómo te está.

Lo sacudió un poco y me lo puso por delante, sosteniéndolo en los hombros.

—Dios mío, lo que has crecido, dijo si lo guardo un año más no te sirve.

Yo me quité en seguida el vestido y me lo puse; me estaba como hecho a la medida.

—Entonces no hay más que plancharlo, dijo mi madre. Pero tenía un cuellecito almidonado y una chalina: yo creo que ahora habrá que ponerle otro adorno.

—Veremos —dije—, se lo preguntaré a Elena.

Por la tarde el vestido estaba planchado y lo bajé para enseñárselo: lo encontró perfecto.

—Sí, pero ¡qué olor! dije. Voy a ir dejando una estela.

—Bueno, huele un poco, pero a mí me gusta el olor a naftalina —dijo Elena.

—A mí también.

—Además puede pasarse dos noches colgado al aire —lo cogió, lo puso en un gancho de madera, bien sujeto con imperdibles y lo colgó en la cuerda del patio. Dijo—: Lo dejas ahí hasta el domingo.

Yo dije:

—¿Y las instrucciones?

—Ah, pues como ya está el vestido, lo único que tienes que hacer es lavarte bien la cabeza mañana por la mañana. Que te quede el pelo como una seda; te coges bigudías y te pasas la noche con ellos.

—¿Nada más?

—Nada más —dijo—, ahora ayúdame a hacer una cosa. Hoy he estado todo el día de trapos. —Me llevó a su cuarto—. La mañana me la he pasado forcejeando con mi abuela hasta que le arranqué este encaje.

—Es precioso — dije.

—Está un poco corto, pero yo lo arreglaré. Y luego encontré en la bolsa de los retales este terciopelo: vamos a plancharlo.

Fuimos a la cocina, Elena puso a calentar la plancha y empezó a humedecer por el revés los pedazos de terciopelo, luego, cogidos por las orillas con mis dos manos y una suya fue planchándolos, en el aire.

Parecía que no se acordase de nada, que estuviese entretenida con sus cosas y no tuviese en cuenta que mi asunto estaba pendiente. No quise rogarla que me revelase el secreto porque sabía que era inútil, pero no podía menos de hablar de ello y al fin dije:

—Mira que si el domingo hiciese mal día o si tu papá no se sintiese bien.

Elena dijo:

—Yo creo que el tiempo no va a cambiar por ahora, y en cuanto a mi papá, se va a sentir bien; se va a sentir muy bien, ya verás.

Cuando tuvo todos los pedacitos de terciopelo extendidos sobre su cama se quedó mirándolos y mentalmente empezó a darles forma. Yo vi que los cortaba y los cosía, pero no lograba ver cómo y no pude menos de preguntarle:

—Bueno ¿y qué vas a hacer con todo esto?

Volvió en sí, como si despertase, y dijo:

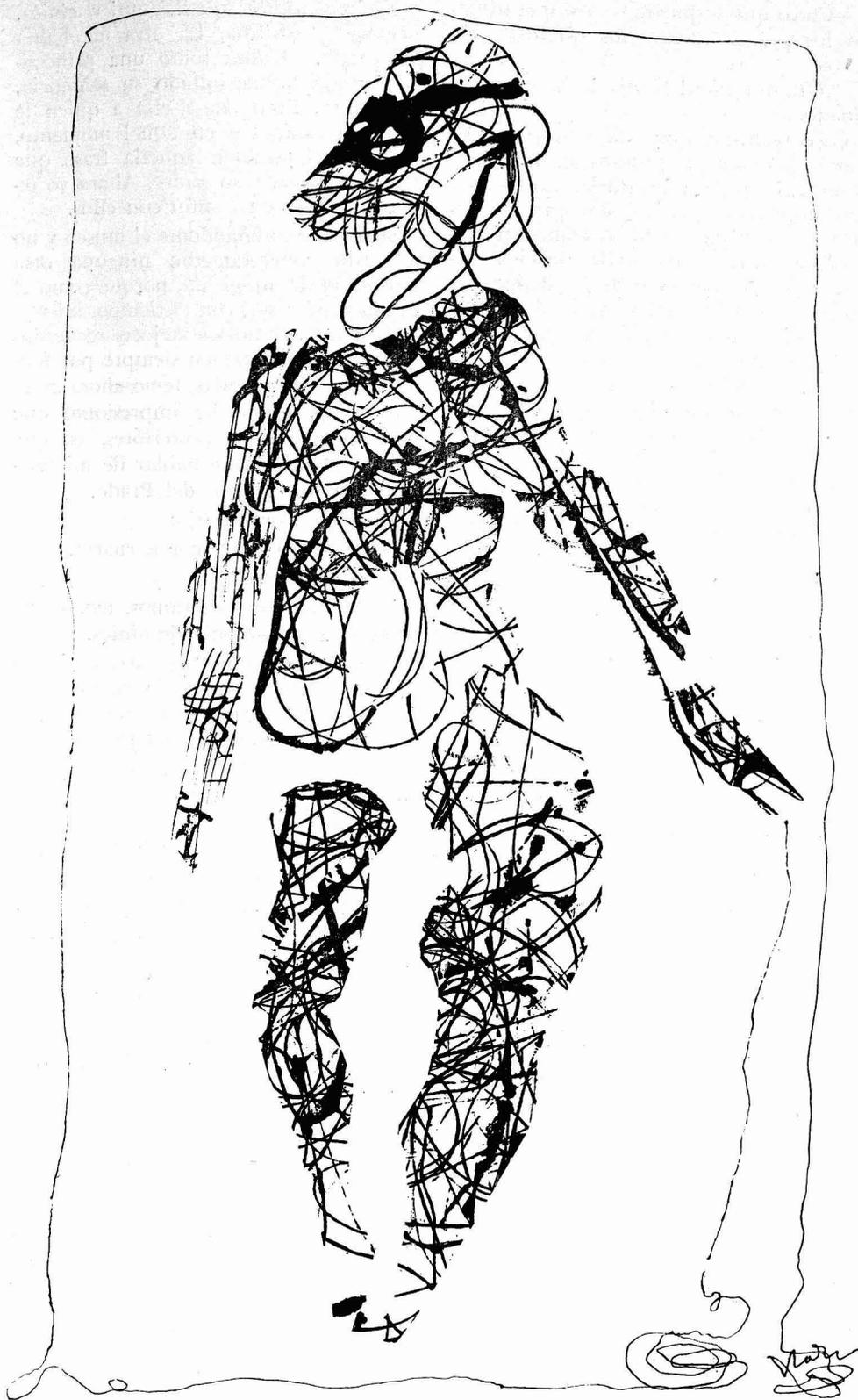
—¡Ah!... —Empezó a recogerlos y metiéndolos en el cajón de la cómoda añadió—: Hoy no voy a hacer nada, porque he tenido que prometer a mi abuela que le terminaré el famoso mantelito.

—Pero a eso yo puedo ayudarte, —dije.

—Sí, puedes, pero no hoy.

—¿Por qué?

—¡Ah!... —volvió a decir con un gesto misterioso, teatral, falso: me dieron ganas de estrangularla. Ella lo notó y acentuó su mímica incomprensible: echó hacia atrás la cabeza, ladeándola un poco, mirándome con los ojos entornados y de pronto me rodeó la cintura con su brazo y con las fuerzas y la ligereza de un ciclón me arrastró por el pasillo y me depositó en la puerta. Dijo—: Ahora



tengo que cumplir mi penitencia y mañana estaré todo el día ocupadísima, así que hasta el domingo por la mañana no hay nada que hacer.

Protesté:

—Pero ¿mañana tampoco puedo ayudarte?

Me empujó hacia la escalera.

—Tú, mañana, durante todo el día, lo único que tienes que hacer es *ser invisible*.

Eché a correr, furiosa, escaleras arriba y todavía la oí gritar:

—¡Ah! Y el pelo limpio como los oros, te lo aclaras con vinagre.

No recuerdo los pormenores materiales de aquel sábado, pero sí que me entregué al estudio que me había propuesto hacer con serenidad. La serenidad, por supuesto, me faltaba, pero lo hice con minuciosidad, con método y llegué a una conclusión: Elena no puede defraudarme, está demasiado segura, me

martiriza tan a sangre fría que sólo como purgatorio puedo concebirlo, sólo como paso hacia algo. Pero, ¿qué puede ser? ¿Puedo esperar que el domingo vaya a llevarme a un sitio tan maravilloso, vaya a enseñarme —tal vez a darme— los carreños y que eso represente para mí una verdadera felicidad? No, no es probable que pase nada de esto. Más bien creo que Elena está haciendo toda esta comedia para dar importancia al hecho porque ha visto que quitársela no podía. Tal vez para transformar algo, algo que de un modo u otro va a contar en mi vida.

Al fin llegó la mañana del domingo. Resistí hasta las nueve; a las ocho ya me había lavado y puesto ropa limpia, calcetines blancos, zapatos de charol. Mi madre me soltó los bigudíes y me puso en el pelo un lazo azul celeste, de raso Liberty, que me había comprado el día antes. Bajé a buscar el vestido.

Elena me oyó bajar y salió a abrir.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Qué lástima! El lazo es muy bonito, pero no puede ser.

—¿No puedo llevarlo?

—No, hoy toca otra cosa, enteramente diferente. Bueno, no hablemos aquí, —dijo. Me llevó a su cuarto y cerró la puerta. Sobre su cama estaba mi vestido, que tenía puesto alrededor del cuello el encaje y al lado había una boina de terciopelo, hecha de pedacitos, perfectamente combinados.

En ese momento me di cuenta de que la mañana era radiante. Antes no había pensado en el tiempo porque llevábamos ya muchos días de un tiempo espléndido y no noté novedad, pero al ver mi vestido sobre la cama de Elena sentí que el sol entraba a raudales en el cuarto, de tal modo que se me saltaban las lágrimas. Quise decir algo, toda balbuciente, pero Elena dijo:

—¡Chst! Silencio. A vestirse en el acto, que luego no me va a quedar a mí tiempo de arreglarme.

Me puse el vestido, que con aquel cuello de encaje parecía otro. Elena me quitó el lazo, lo dobló y dijo: “Para otro día.” Me deshizo un poco los bucles, porque mi madre había sobado tanto los tirabuzones que parecían salchichitas. Elena les pasó el peine y quedó una melena curvada en las puntas que me caía sobre los hombros. Me puso la boina un poco ladeada y dijo:

—Creo que no se puede pedir más. Ven que te vea mi padre.

Me hizo cruzar el pasillo, mirando a un lado y a otro, como si no quisiera que ninguna otra persona se mezclase en aquello, y me metió en el cuarto de su padre, que estaba en mangas de camisa, haciéndose el nudo de la corbata. Tenía puestas las bigoterías, fuertemente atadas, así que hablaba de un modo raro, pero exclamó:

—¡Caramba! ¡No se puede pedir más!

Elena dijo:

—¿Eh? ¿Qué acabo yo de decir?...

El padre de Elena me examinó conienzudamente, alargó la mano y me separó un poco la boina de la frente. Dijo:

—No tan echada sobre la ceja. Bien está que la lleve un poco ladeada, pero debe tener un aspecto serio.

Elena asintió.

—Sí, es verdad, tienes razón, —y dio dos o tres toques a la boina—. ¿Así? —dijo y su padre aprobó—. Sí, eso es.

Volvimos al cuarto de Elena y me dijo:

—Ahora te tienes que estar aquí hasta que yo termine de vestirme. Y hasta que termine mi padre, que va para rato. —Añadió—: No quiero intromisiones.

Pero vio —porque siempre veía lo que yo pensaba— que me sentía molesta por aquella ocultación y dijo:

—No quiero intromisiones antes de salir: cuando volvamos ya pueden decir misa.

Elena se puso un vestido color café claro y un sombrero marrón, de fieltro peludo, que ya le conocía. No había hecho para ella nada especial y el mismo apresuramiento con que se arreglaba era como si dijese: Yo puedo ir de cualquier modo.

Me dio unos guantes blancos, suyos. Mi madre me había puesto en el portamonedas el pañuelo y un rosario, por si acaso.

Al fin, Elena asomó la cabeza al pasillo y dijo:

—Ya está.

Me cogió de la mano y me llevó hasta la puerta, con mímica de huida. Su padre vino detrás, cerró la puerta y sacó el reloj. Dijo:

—Las diez menos diez; muy bien, a las diez y cuarto podemos estar allí.

Nosotras echamos a correr por las escaleras y el señor Morand también bajó muy ligero. Me extrañó, porque se pasaba la vida en su cuarto, con una manta por las rodillas y decían que sufría mucho de reumatismo, pero aquel día parecía encontrarse ágil como un muchacho. Cuando llegamos al portal, aunque no hacía frío, se cruzó la bufanda. Hasta que llegaba decididamente el verano llevaba siempre abrigo de entre tiempo y bufanda blanca. E incluso a las diez de la mañana siempre salía vestido como para ir al teatro Real.

Subimos por la calle de San Vicente y en Fuencarral tomamos un tranvía. Elena me hizo pasar junto a la ventanilla, se sentó a mi lado y su padre en el asiento de detrás. Entonces Elena empezó a arreglarme los bucles que me quedaban sobre el hombro y volviéndose le dijo a su padre:

—Fíjate qué pelo ¿no es una preciosidad?

El señor Morand asintió:

—Sí, verdaderamente, es una preciosidad.

Yo sentí que empezaba a ponerme colorada, pero en seguida se me pasó como si mi vergüenza desistiese, por encontrarlo inútil. Decían aquello de mi pelo, pero no era un elogio, era una observación que ellos hacían, según sus gustos. Hablaban de una cosa: mi pelo, o, más bien, de parte de una cosa que era yo. Yo, en aquel momento era una cosa en las manos de Elena y no me importaba; en sus manos nada se ensuciaba ni se rompía, al contrario: se componía lo que estaba roto. Y ¿qué era lo que hacía en aquel momento? Componer lo que habían roto doña Julia y sus visitantes el día en que yo había sido una cosa en manos de ellas.

Elena siguió diciendo a su padre;

—Y esta tonta no se lo cuida, en absoluto.

El señor Morand dijo:

—Ya se lo cuidará.

Y aunque no volví la cabeza me di cuenta de que sonreía.

Pensé; Elena no será jamás una cosa en manos de nadie. ¿Porque tiene a su padre? No, su padre no necesitará nunca defenderla: creo que si llegase el caso le defendería ella a él. Para lo que su padre le sirve es para hablar, para decir sobre las cosas las mismas palabras, pero jeso es tanto!

Cuando bajamos del tranvía comprendí a dónde íbamos: frente a nosotros estaba el Museo del Prado. Nos dispusimos a cruzar la explanada hacia la escalinata.

Apreté el brazo de Elena.

—¡Vamos al museo!

—Acertaste —dijo, con un poco de sorna.

—¿Y se puede entrar? —pregunté, pensando; debe de ser carísimo.

Elena dijo:

—Claro que se puede —y comprendiendo lo que pensaba— los domingos es gratis.

—¡Oh, qué bien! Nunca lo habría imaginado.

Creo recordar que esas fueron las últimas palabras que pronuncié. Me abandoné a la puerta giratoria, que había sido impulsada por alguien que iba delante y volteaba sus hojas como un molino de vidrio, mandando reflejos fulminantes que parecían decir ¡Peligro de muerte! Pero yo pasé y puedo decir: pasé a mejor vida. La vida me pareció en aquel vestíbulo algo perfecto y fácil, como en el cielo. Me quedé clavada ahí en medio, oliendo el aire que circulaba a mi alrededor y tratando de comprenderlo, sintiendo la luz porque la luz que había allí no sólo se veía, era como una brisa que pasase por los párpados y se llevase todo el cansancio y dejase los ojos como si mirasen por primera vez. Algunas personas se acercaban a los cuadros y los miraban: yo no quería ver nada, es decir, nada en detalle: sólo quería *ver todo aquello*.

Elena me sacudió.

—¿Pero ya no te interesan los Carreños?

Me dejé llevar y al fin me encontré ante mis semejantes. El padre de Elena me explicó quien era Carreño y quienes los personajes de sus cuadros. Eran feos, lo vi en seguida, pero no me molestó: eran tan severos, tan espirituales que tenían derecho a estar allí y yo me alegraba de parecerme a ellos.

Elena dijo:

—Bueno, lo de que te pareces es relativo. Para parecer de verdad tendrías que pasarte un mes en el hospital.

—Oh, no, sin eso también me parezco.

Habría dado cualquier cosa por tener un espejo. Me asenté un poco con la mano el encaje del cuello, me coloqué bien los bucles sobre el hombro, admirando el cuadro que Elena había hecho de mí y le dije, con entusiasmo:

—De cabo a rabo, ¿no es verdad?

—¡De cabo a rabo! —dijo Elena.

Y el señor Morand repitió: “¡De cabo a rabo! ¡Ja, ja, ja... ¡De cabo a rabo!”, y añadió: “No si Ernestina no es tonta ya te lo he dicho mil veces”.

No era tonta aquella mujer cínica, elegante y sibilina. La otra me había piropeado, “Rubia como una princesita”, y ella había soltado su sentencia, exabrupto. Pero era a ella a quien le debía el estar allí en aquel momento, y le debía también aquella frase que repetían Elena y su padre. Ahora yo tenía una frase en común con ellos.

Siguieron enseñándome el museo y no recuerdo concretamente ninguna otra impresión de aquel día, porque como el Prado llegó a ser, con el tiempo, mi verdadera casa, como los mejores recuerdos de mi juventud tienen siempre por fondo alguna de sus salas, temo ahora creer que recibí aquel día impresiones que pertenecen a otros posteriores, así que dejo para más tarde hablar de mi relación con los cuadros del Prado.

El señor Morand dijo:

—Son ya las doce menos cuarto.

Elena protestó.

—¡Oh, no!, no nos vamos, tengo que enseñar a Isabel mis dominios.

Bajamos al sótano. Estatuas de bronce, armaduras y en medio de una sala muy larga una gran escultura de mármol, representando una mujer dormida. Elena me cogió del brazo, me llevó hasta ella.

—¿La conoces —dijo.

—¡Dios mío! —dije—. ¡Es Ariadna!

Elena me apretó el brazo y dijo, con una gravedad que empleaba pocas veces.

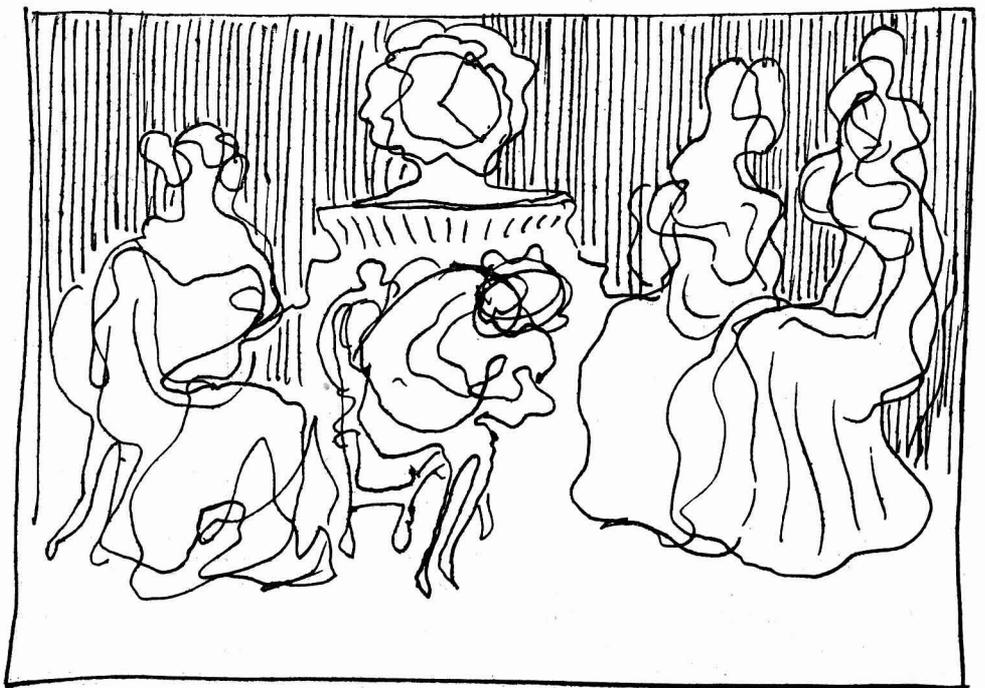
—¿Has visto algo más hermoso en tu vida?

—No, no he visto nada igual.

Nos quedamos un rato en silencio, apoyadas una en otra, luego, Elena se despegó de mí suavemente, se acercó a la estatua y empezó a mirarla de un lado y de otro. Dio una vuelta a su alrededor y cuando la vi del otro lado me pareció que entre nosotras dos estaba el mar; aquel cuerpo inmenso.

No había un alma en la sala; sólo el bedel, a la puerta. El señor Morand se puso a mirar el retrato de Carlos V, y de pronto oí que Elena cantaba. Bajito, pero no tanto que no se oyese.

*Tus ondas, tus espumas, ¡oh mar de Naxos!
Van a mojar la fimbria de mi veste...*



Era el sueño de Ariadna. Elena lo cantaba muy bien, pero sin darse importancia, sin dejar de andar lentamente alrededor de la estatua, estoy por decir que sin enterarse. Yo creo que se sugestionaba para creer que quien cantaba era Ariadna. Era una romanza en la que Ariadna, entre la angustia de su sueño, creía entender que las olas la advertían de su abandono.

El señor Morand intervino.

—¿Te diste cuenta de lo mal que decía el sueño la Roselli?

—Sí, dijo Elena, no me gustó nada.

—Tiene buena voz y no le falta escuela, pero no tiene dos dedos de frente: no siente el valor de las palabras.

—Es verdad —dijo Elena—. Será que no domina el español.

—¿Que no lo domina? Se llama Asunción Fernández.

Elena se rió y yo también. El señor Morand dijo:

—Lo que le pasa es que es burra, nada más, es burra. ¿Recuerdas cómo decía "La fimbria de mi veste"? Cargaba toda la palabra en la segunda *i*, tiene que ser como una cascada. "La fimbria de mi-veste."

El señor Morand repetía la palabra fimbria, apoyando en la primera *i* mientras con el pulgar y el índice de la mano derecha hacía un movimiento como si tirase hacia arriba de algo finísimo y luego lo dejase caer. Constaté que así lo había dicho Elena. Cuando la oí cantar percibí esa palabra pronunciada con una exquisita justeza.

Elena dijo:

—A mí lo que más me molestó es que gritaba de un modo que nadie podía imaginar que estaba dormida.

El señor Morand se echó a reír.

—Es verdad, es verdad. La diva tenía que lucir sus facultades.

—Sí, pero la romanza es para cantarla con los ojos cerrados. Para que el público tenga la impresión de que se la canta con la boca cerrada.

—Eso es, sí, eso es, pero pocas saben hacerlo. Oí una, hace muchos años... —dijo el señor Morand—. Bueno, hay que ir yendo para casa.

Elena no protestó. Estábamos los tres junto a la cabeza de Ariadna y echamos a andar a lo largo de ella, pero Elena se quedó a los pies: necesitaba despedirse. La oí murmurar el final de la romanza.

¿Qué me dicen tus olas? ¡Desengaño!
¿Qué leo en tus espumas? ¡Abandono!

El señor Morand se volvió y alzó los hombros, como diciendo: ¡Hay que tener paciencia! Pero no la llamó. A mí en ese momento se me ocurrió sacar el pañuelo y al sacarlo dejé caer el rosario. Elena volvió la cabeza, yo se lo enseñé sonriendo: supuse que comprendería por qué lo llevaba. Se arrancó de Ariadna, vino hacia mí y me dijo:

—Un sinónimo de *iglesia* es *templo*.

—¡Ah! comprendo —dije—. ¡Qué idiota!

Elena pasó su brazo por debajo del mío, cogió entre sus manos la mano en que yo tenía el rosario y me dijo:

—¿Comprendes?

—Sí, claro, ahora comprendo lo que es un sinónimo.

—No es eso lo que te pregunto —dijo, y repitió—: ¿Comprendes?

—Sí, bueno, creo que sí. ¡Oh! Sí, sí, comprendo perfectamente.

Corrimos para alcanzar al señor Morand que iba ya por la escalera.

Luego, en el tranvía, se me ocurrió preguntar a Elena cómo era posible que conociendo tan bien el museo no hubiese comprendido en seguida lo que era un Carreño. Dijo:

—Pues porque Carreño es un pintor que apenas existía para mí. Sí que había leído algunas veces el nombre al pie de los cuadros, pero por esas salas siempre paso de largo. Los cuadros que a mí me gustan son otros.

—¿Cuáles?

—Ya te los enseñaré otro día, dijo, un poco evasiva.

—¿Pero estos no son buenos?

—Magníficos. No es por eso. Velázquez es maravilloso y no me gusta.

—No digas burradas, intervino el señor Morand.

—No lo diré en público, si no quieres, pero en secreto te digo que no me gusta —de pronto se echó a reír y dijo—: ¡Qué colosal! A mí me pasó con el *carreño* lo que a ti con el *sinónimo*: creí que era un cachibache.

Elena contó a su padre lo de un *sinónimo de iglesia* y el señor Morand se rio de tal modo que tuvo que secarse las lágrimas con el pañuelo. Claro que Elena lo contaba con una gracia irresistible y su padre le añadía comentarios también muy cómicos.

Con este tema llegamos a casa y ya en la escalera se le ocurrió decir al señor Morand.

—Decididamente, es una frase estúpida. Ahora, cuando quiera uno describir lo que vio en una sacristía, puede empezar: "Allí había incensario, vinajeras y demás sinónimos de iglesia"...

Elena y yo nos reímos como locas y él también se rió mucho. Subimos dando trompicones. Elena se colgó de la campanilla y antes de que hubiese dejado de sonar salió a abrir doña Julia, en persona.

Se encaró con Elena.

—¿Qué ocurre?

Y Elena, entre carcajadas llegó sin aliento...

—¡Caramba! —dijo, con falso humor doña Julia—. ¿Dos pícaros galgos te vienen siguiendo?

—Oh, no, dijo Elena, sin dejar de reír. Y es lástima, con lo que me gustaría tenerlos.

—¡Hombre! es lo que nos faltaba, tener *además* dos galgos.

Yo entraba por la puerta en el mismo momento en que decía *además*, y noté que lo recalaba. Pero detrás de mí entró el señor Morand y doña Julia, que no había soltado la puerta repitió al pasar él:

—*Además* dos galgos.

ARTES PLÁSTICAS

Por Paul WESTHEIM

DEL DIBUJO

UNA NOCHE de julio. Bajo la tibia luz de la lámpara algunos señores están sentados alrededor de la mesa redonda en la sala de Juno. Goethe acaba de regresar de un paseo en coche. Está Coudray, director de obras públicas, y también Eckermann. La conversación gira en torno a la política, roza los tiempos pasados y cae luego sobre Wieland. Coudray habla del encargo que tiene de rodear la tumba del escritor de un marco arquitectónico. Para que todos puedan formarse una idea de sus proyectos, traza en una hoja de papel un bosquejo. Luego se va, pero el boceto sigue pasando de mano en mano, y todos manifiestan su satisfacción de tener el pensamiento del arquitecto tan clara y completamente expresado delante de ellos. A Goethe se le ocurre sacar unos dibujos italianos. Dice: "Los dibujos son de valor incalculable, no sólo por reproducir la intención puramente espiritual del artista, sino por provocar en nosotros el estado de ánimo que dominaba al artista en el momento de la creación."

Podemos imaginarnos a qué grado le encantaba a Goethe el poder observar al artista, valga la frase, durante la concepción. En la obra concluida lo personal queda absorbido, o debe quedar absorbido, por lo universalmente válido. El dibujo, el álbum de esbozos —el diario, tratándose del escritor— muestra al artista abordando los problemas, apuntando ideas, que algún día, quizá, se condensarán en una obra o que se desecharán como inservibles. Y a veces esta intimidad —"Journal intime" llamaron los Goncourt sus apuntes de diario— nos dice más sobre el modo de ser de una

personalidad creadora que sus obras terminadas.

Seguramente Goethe se adelantó a su tiempo con este aprecio de los dibujos, como con tantas otras cosas. Pues hasta fines del siglo XIX la gente no se interesaba por lo que consideraba como trabajo preparativo de la pintura. Y en muchos casos lo era en efecto. Los geniales dibujos de Pedro Breughel el Viejo son *trabajos preparativos* para cuadros que algún día se pintarían o podrían pintarse. Junto a sus lansquenets o campesinos flamencos, anota el color de la vestimenta, del gorro, etcétera. Notas destinadas a refrescar la memoria en el caso de que tuviera que recurrir a una de esas figuras. Y son lo mismo los dibujos de paisajes que hizo al atravesar los Alpes en su viaje a Italia.

A Rafael el dibujo le sirve *para resolver la composición del cuadro*. Se ha conservado un esbozo para una *Resurrección de Cristo*. Mientras que Breughel apunta los colores, Rafael fija con líneas estructurales la disposición de las figuras en la superficie pictórica: el eje central con Cristo echando la bendición, y en torno suyo dos círculos que se cierran formando un óvalo. De esta suerte logra establecer en la escena de muchas figuras la armonía a que aspira.

A Durero el dibujo —y aquí tendremos que mencionar también sus acuarelas de paisajes, tan poco en consonancia con su época, fines del siglo XV, principios del XVI— le brindaba la oportunidad de fijar experiencias ópticas *impropias para ser incorporadas al cuadro, de carácter monumental*. No es azar que esos dibu-